



NACIONAL

Discursos de presentación *Alexis de Tocqueville. Un liberal único*

El pasado 19 de febrero la **Fundación FAES** presentó en el **Senado de España** la **biografía intelectual de Alexis de Tocqueville** escrita por el catedrático de Teoría Política **Eduardo Nolla**, una obra que reivindica al **pensador francés** como uno de los grandes **defensores de la libertad** en las **sociedades democráticas**. En el acto participaron, además del autor, el **presidente del Senado, Pedro Rollán**, el **expresidente del Gobierno y presidente de FAES, José María Aznar**, y el **ex secretario general y patrono de nuestra fundación, Javier Fernández-Lasquetty**.





La democracia no es una conquista irreversible

Pedro Rollán

Presidente del Senado

Buenos días. Les doy la bienvenida al Senado y les agradezco que hayan elegido esta Cámara para presentar el libro *Alexis de Tocqueville. Un liberal único*. Una obra que profundiza en la vida y en las ideas de uno de los intelectuales más importantes del siglo XIX. Un pensador que reflexionó sobre la democracia, la libertad y la igualdad.

Y lo hacen en una sala especialmente significativa como es esta de Pasos Perdidos, en la que hace unos pocos meses restauramos las placas de los primeros cuatro presidentes de las Cortes de Cádiz, que sentaron en 1812 las bases de la libertad y de la democracia en España.

Este pensador e intelectual francés fue un precursor de nuestro tiempo y una de las grandes mentes que ha dado la historia. Y este libro es un recorrido por las ideas que han contribuido de manera decisiva a configurar el pensamiento democrático y liberal contemporáneo

El autor del libro es Eduardo Nolla, un especialista en la figura de Alexis de Tocqueville y una de las personas que más ha estudiado su obra. Gracias a su labor, hoy podemos comprender con más facilidad las ideas de este pensador francés. Un trabajo que ha sido bastante laborioso de llevar a cabo por la complejidad de sus ideas.

El libro que hoy presentamos es un estudio riguroso y profundo sobre el pensamiento de Alexis de Tocqueville, articulado a través de la cronología y de los principales hitos de su vida, siempre contextualizados en los convulsos tiempos que marcaron la Francia de la primera mitad del siglo XIX.

Este pensador e intelectual francés fue un precursor de nuestro tiempo y una de las grandes mentes que ha dado la historia. Y este libro es un recorrido por las ideas que han contribuido de manera decisiva a configurar el pensamiento democrático y liberal contemporáneo.

Aristócrata francés, formado en Derecho y nombrado juez en Versalles, pronto comprendió que su vocación trascendía el



ejercicio de la magistratura. Como desvela la página 39 del libro, solo tenía una pasión, “el amor de la libertad y de la dignidad humana. Todas las formas gubernamentales no son a mis ojos más que medios más o menos perfectos de satisfacer esa santa y legítima pasión del hombre”.

En 1831 emprendió viaje hacia Estados Unidos con la excusa de estudiar su sistema penitenciario. Sin embargo, aquel viaje, al que el autor dedica gran parte del libro, le resulta totalmente ilustrativo y enriquecedor. El contacto directo con la democracia norteamericana le permite analizarla, comprender sus fortalezas, pero también advertir sus riesgos. Todo ello en comparación con lo que sucede en Francia y en Europa. Fruto de esa reflexión, vaticinó que “el futuro cercano de la sociedad europea es del todo democrático, no se puede dudar de ello”.

Tras ese viaje, Tocqueville se planteó varias opciones de sistemas políticos como se explica en la página 154: “Una democracia donde la libertad es mucho mayor que la igualdad acabará en anarquía. Una democracia en la que la libertad sea débil y la igualdad se imponga por todas partes será una democracia despótica. La democracia auténtica es aquella, donde, defiende Tocqueville, existe un equilibrio entre igualdad y libertad”. Esta idea también se refleja varias veces en el libro: “La democracia es la libertad combinada con la igualdad”.

El autor francés plantea una idea sobre la que invito a reflexionar: la democracia es el mejor sistema político, pero también puede ser el peor. En una nota recogida en el libro se pregunta: “¿Qué es la democracia? Es la mayor cantidad posible de libertad, de ilustración, de poderes concedidos a todos”



El autor francés plantea una idea sobre la que invito a reflexionar: la democracia es el mejor sistema político, pero también puede ser el peor. En una nota recogida en la página 184 del libro se pregunta: “¿Qué es la democracia? Es la mayor cantidad posible de libertad, de ilustración, de poderes concedidos a todos”. Y prosigue: “¿Qué es un gobierno democrático? Es un gobierno que, en lugar de acotar la libertad humana, la apoya de mil maneras; que en lugar de limitarla por todas partes, le abre nuevas perspectivas; que, en vez de ponerle nuevas barreras, acaba de destruir todas las que obstaculizan su avance; que no la dirige, sino que pone a su alcance la ilustración, los medios que le permiten... Es un gobierno que sitúa a cada ciudadano, incluso al más humilde, en condición de actuar con toda independencia y de hacer de su independencia un empleo tan útil como el ciudadano más importante...”.

Tras su regreso a Francia, publicó su obra más influyente en dos partes: *La democracia en América* (parte 1ª) en 1835 y *La democracia en América* (parte 2ª) en 1840, que se convirtieron en referencias indispensables del pensamiento político moderno. Ambas fueron un auténtico éxito y de ellas hoy se hacen reediciones continuas.

Además, Alexis de Tocqueville fue elegido diputado y se convirtió en un referente político de aquella Francia. Nuestro autor no se limitó a observar, sino que fue una persona activa que intentó aplicar sus principios democráticos a la vida pública.

Así, vivió en primera persona los acontecimientos de la Revolución de 1848, a la que no duda en criticar. Y posteriormente fue nombrado Ministro de Exteriores. En 1851 se opuso al golpe de Estado de Napoleón III que acabó con la Segunda República Francesa. Tras este hecho, se retiró de la vida política. Y escribió su tercera obra, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, que fue publicada en 1857. Dos años después, en 1859, falleció.

Este libro es un homenaje a la democracia y a la libertad, encarnadas en la vida, pensamiento y obra de uno de los más grandes pensadores del siglo XIX como fue Alexis de Tocqueville. Pero también es una reflexión sobre nuestro presente, pues nos recuerda que la democracia hay que defenderla y protegerla cada día, porque está sometida a ataques y amenazas continuas.

Este libro es un homenaje a la democracia y a la libertad, encarnadas en la vida, pensamiento y obra de uno de los más grandes pensadores del siglo XIX. Pero también es una reflexión sobre nuestro presente, pues nos recuerda que la democracia hay que defenderla cada día



Esta semana celebramos que la Constitución de 1978 se ha convertido en la más longeva de la historia de España, la que más tiempo ha estado vigente. Una Constitución que ha asentado las bases de la democracia en nuestro país, de nuestros derechos y libertades, y que ha permitido que nuestra nación haya alcanzado las mayores cuotas de progreso y modernidad de la historia.

Sin embargo, vivimos tiempos complejos. La democracia no es una conquista irreversible. Exige vigilancia, compromiso y responsabilidad. Exige activismo político. Es necesario que aquellos que defendemos la democracia luchemos y protejamos el actual sistema político que tenemos: la monarquía parlamentaria.

La democracia tardó muchos años en instaurarse en España. Fue fruto del esfuerzo y generosidad de generaciones que entendieron que la convivencia solo es posible desde el respeto, el diálogo y el consenso. Si esos principios se debilitan, las libertades pueden erosionarse con enorme rapidez.

Por ello, el pensamiento de Alexis de Tocqueville conserva plena vigencia y debe inspirarnos para seguir construyendo nuestro futuro común. Y estoy seguro de que, en el supuesto caso de que hubiera vivido a finales del siglo XX, Alexis de Tocqueville se hubiera interesado por analizar la transición española, que ha sido una de las mayores contribuciones democráticas que España ha legado al mundo.

Termino con una cita de este pensador francés que recoge este libro: “No pido que la nación se agite, que se apasione, sino que se interese por lo que está sucediendo. No pido que los ciudadanos lleven armas a la plaza pública, sino que tengan opiniones firmes y estables sobre lo que ocurre y que su conducta se adapte a ello, que controlen el funcionamiento de los poderes, que se preocupen de los asuntos públicos, que piensen en ellos olvidándose algunas veces de sus asuntos particulares”.

Muchas gracias.

La democracia tardó muchos años en instaurarse en España. Fue fruto del esfuerzo y generosidad de generaciones que entendieron que la convivencia solo es posible desde el respeto, el diálogo y el consenso. Si esos principios se debilitan, las libertades pueden erosionarse con enorme rapidez



La democracia es el lógico acompañamiento institucional de la libertad

Javier Fernández-Lasquetty

Miembro del Patronato de FAES

Muchas gracias, señor presidente del Senado.

Señoras y señores, es un honor para mí acompañar una vez más en un acto de la Fundación FAES al presidente Aznar. Es un honor también y una satisfacción acompañar a Eduardo Nolla, amigo y autor del libro.

Es un honor hacerlo aquí en el Senado, en el que pasé dos años de mi vida trabajando con Esperanza Aguirre, en este Salón de Pasos Perdidos, a pocos pasos del salón donde re-





gresaron las Cortes de Cádiz en 1814. Por tanto, en un salón que representa muy bien la libertad, la democracia y la continuidad histórica que se pueden ver de manera muy obvia en cuestiones todas ellas muy propias del pensamiento de Tocqueville, y desde luego en un momento en el que el Senado es muy necesario y lo está demostrando en esta hora de España.

Presentamos un gran libro que es *Alexis de Tocqueville. Un liberal único*, en la colección de biografías de la Fundación FAES. Un libro que va a interesar, gustar y con el que van a disfrutar tanto los que ya son buenos conocedores de la obra de Tocqueville, incluso los expertos, como también es perfecto para quienes no lo conocen todavía demasiado o no lo han leído.

Esta obra es una muy buena manera de adentrarse en el personaje. Creo que va a ser la biografía claramente de referencia de Tocqueville a nivel mundial, como es de referencia la edición crítica de *La democracia en América* que hizo Eduardo Nolla para Liberty Fund hace unos cuantos años.

El libro es una biografía –a ratos hasta un libro de viajes–, es un estudio del pensamiento de Tocqueville y, sobre todo, es un libro sobre la libertad y para la libertad, como lo fue toda la obra de Tocqueville; un libro único como también lo es el autor.

Eduardo Nolla es el mayor experto mundial en la obra de Tocqueville, es un español y es el autor de este libro. Por tanto, es un orgullo especial y un acierto para la Fundación FAES. Eduardo estuvo vinculado a la Fundación Cánovas, luego integrada en FAES. En el año 2005, cuando se cumplía el bicentenario del nacimiento de Tocqueville, organizamos unas jornadas importantes sobre él y su obra. De ahí salió un libro que editó FAES en el año 2007 llamado *Libertad, igualdad, despotismo*.

Eduardo Nolla es politólogo y licenciado, estudió primero en la Universidad CEU y luego en la Universidad Complutense; es doctor por la Universidad Complutense, con una beca de la Comisión Hispano-Norteamericana. Hizo la tesis en los archivos de la Universidad de Yale; es profesor de Teoría y Filosofía Política, especializado en Tocqueville; enseñó e investigó en Yale durante once años, parte de ellos con la beca Fullbright. Es pro-

El libro es una biografía –a ratos hasta un libro de viajes–, es un estudio del pensamiento de Tocqueville y, sobre todo, es un libro sobre la libertad y para la libertad, como lo fue toda la obra de Tocqueville, un libro único como también lo es el autor



fesor y sigue estando muy vinculado a la Universidad San Pablo CEU, y a la Universidad Francisco Marroquín. Además fue rector de la Universidad Camilo José Cela del año 2013 al 2016 y director académico de la Fundación Ortega-Marañón.

Nolla es alguien que ha pensado y ha actuado mucho sobre la universidad. Me acuerdo muy bien de un día que Lucía Figar, entonces consejera de Educación de la Comunidad de Madrid, me dice: “He descubierto que hay un rector liberal en una universidad”. Resultó ser, obviamente, Eduardo Nolla, que durante este tiempo defendió la libertad académica –por ejemplo, para que los grados pudieran tener tres años–, y la competencia no solo entre centros académicos, sino entre profesores.

Eduardo Nolla es discípulo del maestro don Luis Díez del Corral, quien le mandó hacer una tesis de esas de “picar piedra” sobre la bibliografía de Tocqueville. Se pasó encerrado en el archivo un montón de tiempo para hacer un libro que ha sido útil a todos los que han estudiado a Tocqueville en los siguientes treinta años. Eso le hizo el mejor conocedor del mundo en todo lo escrito sobre Tocqueville y por Tocqueville. Es una referencia en el mundo académico liberal, en la Liberty Fund y en la Mont Pelerin Society.

Eduardo es un autor que se toma las cosas en serio: se toma en serio al biografiado, su trabajo y al lector. Una de las cosas buenas de este libro es que está muy bien escrito, se lee muy fluidamente, muy cómodamente y de forma agradable.

El libro tiene una profundidad de análisis enorme, maneja 250 referencias bibliográficas, desde clásicos como Stuart Mill o Raymond Aron, hasta expertos en la obra de Tocqueville como James Schleifer o George Pierson, o españoles como Del Corral o Dalmacio Negro.

Como he dicho, Eduardo Nolla se toma en serio su trabajo y al biografiado; entonces no ha dudado a la hora de hacer la biografía en ponérselo difícil a sí mismo. El libro está escrito a partir de la lectura de miles de cartas, notas, discursos, borradores e incluso tachaduras en los márgenes de toda la obra de Tocqueville. Prácticamente todas las citas que aparecen no son de *La Democracia en América*, ni de *El Antiguo Régimen* y

**Estamos
ante un
reconocimiento
sobre que la
democracia
es el lógico
acompañamiento
institucional para
la libertad, pero
no es difícil que
la democracia se
vuelque contra la
libertad; esto
sucede cuando
se olvida que el
sentido que
justifica la
democracia
es solo y
exclusivamente
estar al servicio
de la libertad**



la Revolución, ni siquiera de sus memorias, sino de sus cartas, de sus discursos y apuntes personales que iba tomando Tocqueville. Esto nos permite conocer cómo se formó su pensamiento: las experiencias, las conversaciones, las visitas, las creencias, los razonamientos, que le llevaron a formarse un juicio y escribirlo.

Un juicio que ha estado vigente y sigue vigente en todo momento desde que lo escribió hace 190 años; un juicio sobre la libertad, la igualdad y el despotismo, sobre el miedo a la pérdida de la libertad cuando se trata de imponer “a sangre y fuego” la igualdad.

Estamos, entonces, ante un reconocimiento sobre que la democracia es el lógico acompañamiento institucional para la libertad, pero no es difícil que la democracia se vuelque contra la libertad; y esto sucede cuando se olvida o cuando se aplasta el sentido originario, el sentido que da justificación a la democracia, que es solo y exclusivamente estar al servicio de la libertad y para proteger la libertad.

Termino recomendándoles dos cosas: una, que compren el libro; dos, que lo lean. Muchas gracias.

Eduardo es un autor que se toma las cosas en serio: se toma en serio al biografiado, su trabajo y al lector. Una de las cosas buenas de este libro es que está muy bien escrito, se lee muy fluidamente, muy cómodamente y de forma agradable



El liberalismo de Tocqueville es un proyecto de futuro, una búsqueda sin fin, un viaje, un camino

Eduardo Nolla

Catedrático de Teoría Política y autor del libro

En primer lugar quiero agradecer al presidente del Senado, Pedro Rollán, sobre todo poder hacer la presentación aquí, que es un sitio estupendo para alguien que era un político y que quería participar en las decisiones políticas de Francia, mejorar y hacer un país más libre, como tantos que estamos aquí hoy.

Está claro que Javier Fernández-Lasquetty es un amigo y que exagera un poco, o mucho. Compartimos amistad, hemos estado juntos en la Universidad Camilo José Cela, donde fue profesor, y en la Francisco Marroquín. Javier, Tocqueville y yo compartimos una cosa, que es la experiencia americana. Tanto a él como a mí eso nos ha cambiado, nos ha hecho distintos.

Lo que no ha contado Javier es que él es el culpable de que estemos hoy aquí, porque fue él quien insistió en que había que hacer este libro y lo tenía que hacer yo. Le estoy muy agradecido, aunque escribir esta biografía ha costado y me ha hecho sudar mucho. Le estoy reconocido, así como al presidente Aznar por haber apoyado el proyecto.

Autoridades, amigos: “Quien busca en la libertad otra cosa que a ella misma está hecho para servir. No me pidan que analice ese gusto sublime, hay que experimentarlo”. Esto escribe Tocqueville. Si el amor a la libertad es un requisito para ser liberal, no hay un liberal mejor que Tocqueville. Él decía de sí mismo que era un liberal de una especie nueva. Sabía que compartía muchas cosas con el liberalismo clásico, pero también que estaba creando algo distinto y que lo estaba haciendo alrededor del concepto único, plenamente humano y que define al ser humano: la libertad, que Tocqueville siempre describe como

Decía de sí mismo que era un liberal de una especie nueva. Sabía que compartía muchas cosas con el liberalismo clásico, pero también que estaba creando algo distinto y que lo estaba haciendo alrededor del concepto único, plenamente humano y que define al ser humano: la libertad



una cosa santa, un bien del que disfruta por encima de cualquier otro. Sabía que lo que estaba haciendo era distinto, que no había liberales como él. Le confiesa a un amigo después de haber publicado la primera parte de *La democracia en América*: “No puedo creer que no se vea claramente en mí un liberal de una especie nueva y que se me confunda con la mayoría de los demócratas de nuestros días”.

No le puso nombre a ese liberalismo, pero podríamos llamarlo un liberalismo andante, un liberalismo vital, casi quijotesco.

Hoy todavía se ve a Tocqueville más como historiador de la Revolución Francesa, memorialista del régimen de 1848 o descriptor del sistema político americano, que como teórico del liberalismo. En parte esto se debe a que muchas de sus ideas están en cientos de cartas, manuscritos, y documentos de difícil acceso. Las obras completas de Tocqueville tienen unos 35 volúmenes. Están en francés y todavía faltan cosas por publicar.

Un país puede ser democrático en el sentido de ser un sistema donde las decisiones las toma la mayoría, donde los artefactos políticos funcionan apropiadamente y, simultáneamente, no ser un sistema donde los ciudadanos gocen de libertad. Lo que Tocqueville vio ya en el siglo XIX le asusta



Esta magnífica colección de FAES, donde se inscribe mi obra, me ha permitido hacer una biografía orientada hacia ese otro tipo de liberalismo nuevo que Tocqueville dice que está haciendo, e intentar explicar cómo se forjó, sobre todo a través de su viaje americano, y cómo después se fue aquilatando y desarrollando durante toda su vida. Por eso, sin dejar de lado *El antiguo régimen y la revolución* o los *Recuerdos*, me he centrado en aquellos aspectos de su correspondencia y sus papeles que tenían que ver más con su idea de la democracia y su idea de la libertad.

¿Cuál es ese liberalismo andariego de Tocqueville?

El liberalismo clásico se basa en una serie de mecanismos, equilibrios y reglas de juego que aseguran el funcionamiento del sistema democrático. En su origen evidentemente se encuentran la soberanía del pueblo, el sufragio universal y la toma de decisiones por la mayoría, elementos clásicos del liberalismo. El gran descubrimiento de Tocqueville fue explicar que aun con todos esos engranajes en marcha y perfectamente lubricados, el resultado podía ser un sistema despótico, sin libertad, y además con un tipo de opresión mil veces peor que cualquier forma de opresión o de tiranía anterior.

Si antes bastaba con destronar al déspota y a sus acólitos para ser libres, ahora el problema de salir del despotismo es mucho más complicado porque cada individuo tiene que liberarse a sí mismo, debe aprender el arte de ser libre. Tocqueville lo llamaba una nueva ciencia política para un nuevo mundo

Un país puede ser democrático en el sentido de ser un sistema donde las decisiones las toma la mayoría, donde los artefactos políticos funcionan apropiadamente y, simultáneamente, no ser un sistema donde los ciudadanos gocen de libertad. Lo que Tocqueville vio ya en el siglo XIX le asusta: la tiranía de la opinión pública, la búsqueda obsesiva del bienestar material, la apatía política, reinaban en un mundo sin sociedad, en el que había individuos sin individualidad bajo el poder de un Estado todopoderoso que separa a los ciudadanos los unos de los otros y que promueve la ausencia de ideas y de sentimientos compartidos. Hace de ellos súbditos en lugar de ciudadanos.

Dicho, en otros términos: una nueva forma de despotismo que, aunque carece de nombre –Tocqueville no se lo puso, no lo encontraba–, tiene todas las formas de un estado de naturaleza donde lo único que importa, lo único que funciona, es la fuerza de unos contra los otros, la guerra. En ese nuevo despotismo la sociedad desaparece y pierde su fuerza en tanto que generadora



de cambio y filtro protector de la acción del Estado. El individuo se encuentra aislado frente a la acción del poder político que, de ser la expresión del poder social, se convierte en su amo y titular ocupando el lugar de la sociedad y destruyendo cualquier resistencia. Así, al final se encuentra únicamente cara a cara el uno aislado y todos.

Ese despotismo no es una especie de gobierno con forma propia, como habrían pensado Montesquieu y otros autores. Para Tocqueville es la negación de toda forma política y social; un estado de naturaleza que acaba siendo tan posthistórico como prehistórico. El problema del nuevo despotismo estriba en que, mientras en las formas primitivas el despotismo era de carácter material –se oprimía el cuerpo, pero no se podía controlar el pensamiento, la mente quedaba intacta–, en el nuevo despotismo la opresión es mental, está basada en la opinión y en la fuerza ilimitada de la mayoría que obliga a pensar, a actuar, a sentir, a comer y a hablar como ella dice. Y esas legiones de seres idénticos y repetibles son cada día presa más fácil para las ambiciones de un poder estatal omnívoro. Si antes bastaba con destronar al déspota y a sus acólitos para ser libres, ahora el problema de salir del despotismo es mucho más complicado porque cada individuo tiene que liberarse a sí mismo, debe aprender el arte de ser libre. Tocqueville lo llamaba una nueva ciencia política para un nuevo mundo; una ciencia política que permita a cada ciudadano ser realmente ciudadano y dejar de ser súbdito. Escribe: “Para tener el gobierno de la democracia uno necesita ciudadanos, personas interesadas en la vida pública que posean la habilidad y el deseo de tomar parte en ella, punto capital al que uno debe siempre volver”. Y, sin embargo, añade: “Me atreveré a decirlo, lo que más temo en las futuras generaciones no son las grandes revoluciones, sino la apatía”.

Si a cada época corresponde una forma de despotismo, también le corresponde una forma de ser libre. La libertad es una condición en permanente cambio, distinta según las épocas, diferente según las naciones. Es antigua y es moderna, es americana y es europea, distinta incluso para cada individuo. Así, el problema de la época contemporánea es luchar contra una nueva y terrible forma de despotismo y generar diariamente en cada ciudadano una libertad que, como realidad vital, es distinta cada día, evoluciona y cambia.

La libertad es una condición en permanente cambio, distinta según las épocas, diferente según las naciones. Es antigua y es moderna, es americana y es europea, distinta incluso para cada individuo. Así, el problema de la época contemporánea es luchar contra una nueva y terrible forma de despotismo



Popper nunca llegó a entender a Tocqueville, aunque la idea de libertad del francés tiene mucho que ver con los relojes y las nubes. Y a la hora de intentar comprender su concepción de la libertad y la relevancia de la teoría de Tocqueville para el presente, necesitamos también considerar si en la actualidad podemos enfrentarnos a las dificultades que tienen las nubes

Siempre he dicho que se puede comprender o aprender mucho estudiando qué hacen los pensadores políticos con su tiempo libre. Sócrates pasaba las horas bebiendo, comiendo y hablando con sus amigos. Una afición también muy de Platón. Aristóteles era un coleccionista empedernido. Hobbes jugaba al tenis y jugó hasta los 80 años. Rousseau se paseaba por el campo y recogía hierbas. Nietzsche tocaba el piano. Karl Marx fumaba puros. Además, decía que los derechos de autor que había recibido por *El Capital* no compensaban el dinero que había gastado en comprar los puros mientras lo escribía. Y el otro Marx, Groucho, también era muy aficionado a los puros y decía: “Si no se pueden fumar puros en el cielo, no voy”.

La afición de Tocqueville son los libros de viaje. Escribe a un amigo: “Me gustan mucho los buenos libros de viaje y lo que da a conocer las diferentes regiones de la Tierra, pero apenas se publican este tipo de obras en francés y los libros ingleses son difíciles de obtener y muy caros. Tengo mucha curiosidad por los nuevos descubrimientos de África, todo lo que se relaciona con el Asia oriental, Siberia y las nuevas conquistas de Rusia en el Océano Pacífico, todo eso tiene para mí un gran interés. Me gustaría unos buenos libros de viajes a Siberia con unos buenos mapas”.





Viajar, moverse, aunque sea de forma subrogada a través de los libros y los mapas, era muy propio de Tocqueville, su afición. “El día malo [escribe su amigo Beaumont] era el día perdido o mal empleado. La menor pérdida de tiempo le importunaba y llevaba esa obsesión en sus viajes hasta tal punto que no sucedía nunca que llegase a un sitio sin haberse asegurado anticipadamente de la manera de irse, lo que hacía decir a uno de sus amigos que se iba antes de haber llegado”. He explicado en el libro su manera de pasear por el campo y que le producía problemas con sus amigos porque seguía siempre la línea recta, pasando por encima de todo tipo de obstáculos, vallas, árboles caídos, riachuelos, cualquier cosa que se interpusiera en su camino. No se desviaba nunca.

Tomando esta idea de Tocqueville y el viaje, el movimiento, he jugado otras veces con la idea de que Tocqueville en sus viajes y paseos debía mirar a menudo al cielo y ver las nubes. ‘Nubes y relojes’. Karl Popper dividía el mundo en que vivimos en estos dos grandes grupos: los relojes pueden ser escritos, repetidos, desmontados, replicados y explicados. Nuestros ordenadores y teléfonos son simplemente relojes sofisticados. Las nubes son caóticas, sin límites fijos, imposibles de describir de modo preciso, en continuo cambio y movimiento. Como alguna vez expresó poéticamente Victor Hugo, “las nubes son aves que nunca duermen”. Karl Popper nunca llegó a entender a Tocqueville, aunque la idea de libertad del francés tiene mucho que ver con los relojes y las nubes. Y a la hora de intentar comprender su concepción de la libertad y la relevancia de la teoría de Tocqueville para el presente, necesitamos también considerar si en la actualidad podemos enfrentarnos a las dificultades que tienen las nubes.

Hablo primero de los relojes. La idea de liberalismo de Tocqueville tal y como aparece en la primera parte de *La democracia*, especialmente, coincide mucho con lo que es propio del liberalismo mecánico, podríamos decir del liberalismo relojero clásico: la existencia del imperio de la ley, los derechos individuales, la soberanía del pueblo, la separación de poderes, la libertad de asociación, el jurado, la libertad de prensa, la descentralización. La libertad, en cambio, está relacionada con el movimiento, con lo imprevisible, lo indefinible, lo cambiante, lo moviente. “Las sociedades políticas [escribe Tocqueville] son no lo que las hacen las leyes, sino lo que las preparan a ser de antemano los sentimien-

El liberalismo de Tocqueville, que usa el pasado para salvar de él lo mejor y que, como la vida, es movimiento, cambio, adaptación y continua revisión, es la teoría que realmente mira al futuro y al progreso, y la que está abierta al otro, a la posibilidad de que ese otro tenga razón



tos, las creencias, las ideas, los hábitos de corazón y de mente de los hombres que los componen; lo que el temperamento y la educación han hecho de ellos. Si esta verdad no sale de todas las partes de mi libro, si no lleva a los lectores a examinarse continuamente a sí mismos, si no les muestra a cada instante cuáles son los sentimientos, las ideas, las costumbres que únicamente pueden conducir a la prosperidad y a la libertad pública, cuáles son los vicios y los errores que por contra les apartan irrefutablemente de ellas... si no ocurre esto, no habré alcanzado el principal y, por así decir, el único objetivo que tengo en vista”.

Lo que para Tocqueville define la existencia es viajar, moverse, atravesar el tiempo. “El hombre sale de la nada [escribe], atraviesa el tiempo y va a desaparecer para siempre en el seno de Dios”. Y en una carta a su amigo Kergorlay, dos años antes de su muerte, dice: “Comparo al hombre en este mundo con un viajero que avanza hacia una región cada vez más fría y que se ve obligado a moverse más y más a medida que se aleja. La gran enfermedad del alma es el frío. Y para poder luchar contra este horrible mal uno debe no solamente mantener el movimiento enérgico de la mente con trabajo, uno debe también en esta época no vivir con lo que ya se conoce y hacer un esfuerzo por conocer más cosas y no descansar en ideas sobre las que uno se encontrará enseguida como dormido y abrumado. Uno debe poner continuamente en contacto y confrontar las ideas que uno adopta con las ideas que rechaza, las ideas que tuvo en la juventud con las que la sociedad y los tiempos en que uno vive sugieren”.

**No hay nada
que odie más
Tocqueville que los
movimientos que
pretenden hacerlo,
predecirlo y
explicarlo todo con
la exactitud,
de un cronómetro,
de un reloj o de
una máquina. (...)
Le preocupa que
se tienda a
describir la
realidad con un
solo principio, una
única idea, una
única teoría**

No hay nada que odie más Tocqueville que los movimientos que pretenden hacerlo, predecirlo y explicarlo todo con la exactitud, claro, de un cronómetro, de un reloj o de una máquina. Escribiera Tocqueville: “La única verdad que reconozco como absoluta es que no hay verdad absoluta. Después de haberlo descubierto, no os canséis en buscar otras, no las hay”. Y en otro lugar: “Esa orgullosa creencia en haber encontrado la verdad absoluta, esas bellas ilusiones sobre la naturaleza humana, esa confianza casi ilimitada en uno mismo, ese generoso impulso hacia el ideal, esas inmensas y quiméricas esperanzas han precedido y producido todas las revoluciones que han cambiado la faz de la tierra”.

Le preocupa que se tienda a describir la realidad con un solo principio, una única idea, una única teoría. Tanto es así que es-



cribe una nota para sí mismo en *La democracia*: “Peligro de dejar a un solo principio social tomar sin discusión la dirección absoluta de la sociedad. Idea general que he querido hacer destacar en esta obra”.

Lo desarrolla de esta manera: “No hay hombre en el mundo que haya nunca encontrado, y es casi seguro que no habrá nunca ninguno que lo encuentre, el punto central al que van a dar no digo todos los rayos de la verdad general, que solo se juntan en Dios, sino incluso todos los rayos de una verdad particular. Los hombres captan fragmentos de la verdad, pero nunca la verdad misma. Una vez admitido esto, resulta de ello que todo hombre que presenta un sistema completo y absoluto, por el solo hecho de que su sistema es completo y absoluto, está casi siempre en un estado de error o miente, y que todo hombre que desee imponer tal sistema por la fuerza a sus semejantes debe ser considerado *ipso facto* y sin examen previo de sus ideas como un tirano y un enemigo del género humano”.

No es que Tocqueville defienda el relativismo, es que para él las verdades absolutas no pueden demostrarse y la vida transcurre entre el azar y las causas que escapan al cálculo humano, en un mundo que es un libro cerrado, vacío de verdades y sistemas absolutos, entre el éxito y el fracaso y siempre viviendo en la duda. Es irónico que posiciones políticas que presumen de ser progresistas vivan ancladas a principios invariables, absolutos, utópicos y mesiánicos emitidos hace siglos. Saint-Simon ya defendía en su época lo que llamaba su catecismo. Más recientemente hemos tenido que soportar el ‘paraíso de los trabajadores’. El liberalismo de Tocqueville, que usa el pasado para salvar de él lo mejor y que, como la vida, es movimiento, cambio, adaptación y continua revisión, es la teoría que realmente mira al futuro y al progreso, y la que está abierta al otro, a la posibilidad de que ese otro tenga razón.

Es en ese sentido la teoría más generosa porque es la que más depende de la confrontación, el diálogo, el acuerdo, la discusión. El liberalismo se reescribe cada día. No existe el neoliberalismo porque el liberalismo es siempre nuevo y moviente. Se es liberal o no se es liberal. El gran reto de la democracia contemporánea consistiría, según la lectura tocquevilliana, en conseguir que los hombres se reencontraran, se vieran, se co-

Es la teoría más generosa porque es la que más depende de la confrontación, el diálogo, el acuerdo, la discusión. El liberalismo se reescribe cada día. No existe el neoliberalismo porque el liberalismo es siempre nuevo y moviente. Se es liberal o no se es liberal



La libertad produce, es cierto, a veces desórdenes, inestabilidad, pequeñas agitaciones, pero el orden perfecto elimina el pasado y, sobre todo, el futuro, y es la muerte. Esa es según Tocqueville la gran tarea de la filosofía política de la democracia

nocieran, comunicaran e intercambiaran ideas. “Mostradme una sociedad perfectamente ordenada y os enseñaré una sociedad donde no existe la libertad”. La libertad produce, es cierto, a veces desórdenes, inestabilidad, pequeñas agitaciones, pero el orden perfecto elimina el pasado y, sobre todo, el futuro, y es la muerte. Esa es según Tocqueville la gran tarea de la filosofía política de la democracia. Escribe: “El gran objetivo de los legisladores en las democracias debe ser pues el de crear asuntos comunes, pues ¿qué es la sociedad para los seres que piensan sino la comunicación y el contacto de las mentes y los corazones?”.

La libertad es así para Tocqueville el elemento plenamente humano. Como la vida, no se puede definir perfecta y universalmente. Un liberal borracho es un anarquista, pero un comunista sobrio es siempre un Mesías. La democracia auténtica de Tocqueville es la participación igual de los ciudadanos en la definición diaria e inevitable de la libertad. Proceso siempre complicado, desordenado y arriesgado. La libertad es un sendero que el hombre abre y que atraviesa escenarios siempre distintos.

El liberalismo de Tocqueville es un proyecto de futuro, una búsqueda sin fin, un viaje, un camino, un liberalismo andante, moviente. Es valioso porque es provocador, inconformista y nos obliga a enfrentarnos a problemas sin respuesta. ¿Servirá para crear mejores sociedades democráticas libres?

Muchas gracias.



En la encrucijada de nuestra ‘crisis democrática’, volver a Tocqueville resulta singularmente orientador

José María Aznar

Expresidente del Gobierno. Presidente de la Fundación FAES

Bienvenidos a este acto que convoca la Fundación FAES. Es un placer estar en compañía de tantos buenos amigos.

Quiero agradecer al Senado, en la persona de su presidente, su amable acogida. Estamos encantados de regresar aquí para presentar el último título, recién publicado, de nuestra colección de biografías intelectuales. Se trata del quinto volumen de la serie: *Alexis de Tocqueville. Un liberal único*, de Eduardo Nolla.

Se ha glosado ya la brillante trayectoria de su autor. Solo me resta decir que FAES se enorgullece de haber podido contar con el profesor Nolla, académico de talla internacional, y uno de los mayores expertos mundiales en Tocqueville.



**Volver a
Tocqueville
nunca fue más
oportuno. Hoy
día, ¿no es
pertinente
hablar de la
democracia en
América?, ¿o
de ese nuevo
“despotismo
mayoritario”,
el populismo?,
¿o del
problemático
futuro de la
libertad?**

Hace más de setenta años, Ortega encaminó a Luis Díez del Corral tras la pista de Tocqueville. Tan fecunda fue la sugerencia que la bibliografía de Díez del Corral se abre con un título, *El liberalismo doctrinario*, y se cierra con otro, *El pensamiento político de Tocqueville*.

Circunscrito en esa órbita, don Luis llegó a escribir que “el trato siempre *cautivador* de Tocqueville puede convertirse en verdadero *cautiverio*”. Pues bien, hoy presentamos un libro de alguien que fue, a su vez, discípulo de Díez del Corral; y que, como su maestro, también ha pasado largo tiempo recluso “en la cárcel dorada de Tocqueville”.

En busca de la libertad perdida

Lo cierto es que cualquiera que se acerque a Tocqueville comprenderá pronto los motivos de esa fascinación. Pocos clásicos tan contemporáneos como él. Volver a Tocqueville nunca fue más oportuno. Hoy día, ¿no es pertinente hablar de la democracia en América?, ¿o de ese nuevo “despotismo mayoritario”, el populismo?, ¿o del problemático futuro de la libertad? Sus temas son nuestras vivencias cotidianas. Sus pronósticos de hace dos siglos podrían pasar como el mejor diagnóstico del presente.

Tocqueville nace con el imperio napoleónico y su infancia está teñida de espantos: respira el reciente Terror jacobino; la pesadumbre y las esperanzas de los emigrados; guerras de conquista; victorias que culminan en epopeyas; y, pronto, una derrota que comienza en Rusia y culmina en Waterloo.

Su juventud será más serena, pero no más dichosa, porque pertenece a una generación de angustiados que pronuncia una sola palabra: revolución. Siempre añorará algo que no abundó en la Francia de su tiempo, y que también se expresa con otra palabra insustituible: libertad.

Toda su obra es un intento de dar respuesta a la pregunta que más le inquieta: ¿cómo curar a Francia de revoluciones estériles y dictaduras opresivas?, ¿cómo garantizar esos derechos que los franceses proclaman sin lograr practicarlos? Aquí está el origen de su gran libro. Escrito para la Francia traumatizada por la Revolución, el Terror y la aventura napoleónica, buscará de-



mostrar cómo es posible realizar una democracia sin necesidad de optar entre la guillotina y el sable.

Viaje al futuro

En la introducción de su gran libro sobre la democracia norteamericana, Tocqueville anuncia que no alberga un propósito descriptivo; no busca impresiones exóticas, como su pariente Chateaubriand. Escribe:

“No es para satisfacer una mera curiosidad, muy legítima, desde luego, por lo que voy a examinar la democracia de América. Quiero también deducir enseñanzas de que podamos aprovecharnos”.

Y dirá que ha querido estudiar una corriente irresistible, “no solo para averiguar lo que de ella cabe esperar, sino también lo que debe temerse”.

El fruto de ese *viaje al futuro* es un tratado –sereno y minucioso– de la democracia tal como la siente, respeta y practica un pueblo predestinado para ella. Este aristócrata liberal no velará nunca su inquietud por la suerte de la libertad en las sociedades democráticas, cuyo perfil adivinó mucho mejor que tantos falsos profetas del siglo XIX.

Tocqueville afirmará que “la suavidad es el bálsamo y el veneno de las sociedades democráticas”. Lúcidamente pronostica el peligro de un “despotismo democrático” que, de establecerse, tendrá un carácter inédito. Ese nuevo despotismo –para el que habría que buscar un nombre también nuevo– “será más benigno y degradará a los hombres sin atormentarlos”. Si el antiguo fue “violento y restrictivo”, el nuevo será “extendido y suave”.

Camino de libertad o de servidumbre

Y es que, según Tocqueville, la igualdad democrática genera dos tendencias: la primera conduce a los hombres hacia la libertad; la otra los encamina hacia la servidumbre. Su preocupación será cómo transitar por el primer camino, preservando la libertad en sociedades irremediablemente igualitarias.

El fruto de ese viaje al futuro es un tratado –sereno y minucioso– de la democracia tal como la siente, respeta y practica un pueblo predestinado para ella. Este aristócrata liberal no velará nunca su inquietud por la suerte de la libertad en las sociedades democráticas, cuyo perfil adivinó mucho mejor que tantos falsos profetas del siglo XIX



Por eso, en la encrucijada de nuestra “crisis democrática”, volver a Tocqueville resulta singularmente orientador. A la luz de sus reflexiones, comprobamos que esa crisis tiene raíces muy profundas.

Pondré un ejemplo. Hoy asistimos al cuestionamiento radical de todas las figuras de autoridad y mediación, más conocidas como “élites”. ¿Qué es el populismo sino la manifestación más evidente de tal rechazo?

Esta impugnación suele formularse aludiendo a la *traición de las élites*. Se les reprocha perseguir desde el poder sus intereses personales. Una denuncia ampliamente justificada, por cierto. Suele explicarse así la victoria del *Brexit* en el Reino Unido, el ascenso de formaciones populistas a lo largo y ancho de toda Europa y el fenómeno Trump en los Estados Unidos.

Sin embargo, puede que esos análisis sólo revelen una parte de la realidad. Puede que en esta gran crisis de la mediación intervengan fuerzas más estructurales y profundas. Fuerzas identificadas, en gran medida, por Alexis de Tocqueville, y eso renueva el interés de sus análisis.

En sus textos encontramos descrito cómo, en las sociedades igualitarias, prosperan, juntos, la autoconfianza arrogante y el desinterés por lo común. Este solipsismo se ha elevado a la máxima potencia con las nuevas tecnologías. Todo el mundo se cree perfectamente informado y conocedor de temas que afectan a la sociedad en su conjunto. Sin necesidad de mediación política, académica o periodística.

Pero para juzgar por uno mismo, hay que saber analizar las proposiciones que se examinan y las pruebas en las que se apoyan; un examen que requiere tiempo, trabajo y estudio. Lejos de esto, hoy cunde una mentalidad crítica que, sin embargo, es incompleta, y por lo tanto peligrosa, porque duda de todo menos de sí misma.

Y este fenómeno es radicalmente nuevo. Los valores de la Ilustración –razón, autonomía e igualdad– fueron sumamente fecundos durante casi dos siglos, porque permanecían atemperados por otros valores, correlativos y previos: modestia epistemológica, autoridad, honor y dignidad.

**Según
Tocqueville, la
igualdad
democrática
genera dos
tendencias: la
primera conduce a
los hombres hacia
la libertad; la otra
los encamina
hacia la
servidumbre. Su
preocupación será
cómo transitar por
el primer camino,
preservando la
libertad en
sociedades
irremediabilmente
igualitarias**



Tocqueville nos recuerda que, para restablecer el equilibrio en nuestras sociedades, nada sería peor que renunciar a los valores de la Ilustración. Pero que, al mismo tiempo, se hace urgente recuperar otros valores tradicionales, caídos paulatinamente en desuso.

Unas élites políticas imbuidas del sentido del honor y la dignidad, que restauren su autoridad moral y ejerzan un liderazgo responsable: esta es la perspectiva a la que todos deberíamos adherirnos. La misma por la que abogó, tantas veces, Alexis de Tocqueville.

Un liberal único: frente a la derecha...

Dice con acierto el subtítulo de esta biografía, que Tocqueville fue un “liberal único”. Probablemente sea el exponente más representativo de una familia de liberales moderados que reconocieron, tras la revolución, que el nuevo orden –moderno, democrático, comercial– no tenía alternativa viable.

Rechazaban tanto la nostalgia reaccionaria como la euforia revolucionaria. Tocqueville admite la justicia de la causa democrática, advirtiendo que el reconocimiento de la igualdad de todos no debe laminar el cultivo de la independencia y calidad de cada uno.

Detectó en la modernidad una tendencia a radicalizarse y, frente a ello, su obra desea transmitir “el saludable temor al futuro que le hace a uno estar alerta y combativo, y no esa suerte de terror suave y ocioso que desgasta los corazones y los enerva”.

Aclara esa actitud, opuesta a cualquier desesperación reaccionaria, un fragmento de su correspondencia con el conde de Gobineau. Este intercambio entre un liberal-conservador y un radical de derecha ilustra bien, por cierto, controversias muy actuales.

Tocqueville era amigo del conde, pero sabía dejar claras sus diferencias. El 24 de enero de 1857 le escribía para recordárselas. Empieza su carta reprochando a Gobineau su tesis sobre la desigualdad de las razas, que le parece “incompatible con la letra y el espíritu del cristianismo”, además de incompatible “con la decencia y el buen juicio”. Luego valora las posiciones de Gobineau

Tocqueville nos recuerda que, para restablecer el equilibrio en nuestras sociedades, nada sería peor que renunciar a los valores de la Ilustración. Pero que, al mismo tiempo, se hace urgente recuperar otros valores tradicionales, caídos paulatinamente en desuso



Tocqueville fue un “liberal único”. Probablemente sea el exponente más representativo de una familia de liberales moderados que reconocieron, tras la revolución, que el nuevo orden –moderno, democrático, comercial– no tenía alternativa viable



sobre la sociedad moderna, censurando su desprecio por sus semejantes, en estos términos:

“No, no creeré que esta especie humana, que está a la cabeza de la creación visible, deba convertirse en el rebaño degradado que tú nos dices que es, y que no hay más que hacer sino entregarla sin futuro y sin recursos a un pequeño número de pastores, que, después de todo, no son mejores animales que nosotros y a menudo son peores”.

En una carta anterior a Kergorlay, de 1850, citada en este libro, había formulado ya una profesión de fe de la que no abjuraría jamás: “No tengo otras tradiciones, no tengo partido, no tengo una causa que no sea la de la libertad y dignidad humanas”.

... y frente a la izquierda

En su reivindicación de la libertad individual, Tocqueville no descuida que vivimos en sociedad, y eso nos implica en un entramado de obligaciones recíprocas. Tampoco confundió la libertad con un medio para el logro de fines utilitarios. Bien al contrario, sostenía que, si llegase un tiempo en que los hombres se contentasen solo con los bienes materiales, acabarían por perder hasta la capacidad de producirlos.

Se ha repetido mil veces su vaticinio sobre la amenaza despotica que acompaña, como su sombra, el avance de la democracia; permitidme que yo también ceda a esa manía. Todos lo recordáis:

“Sobre la especie humana se alza un poder inmenso y tutelar que asume la carga de asegurar las necesidades de la gente y cuidar de su destino y desenvolvimiento. Es absoluto, minucioso, ordenado, previsor y bondadoso. Equivaldría al amor paterno si su misión fuera educar a los hombres en tanto alcanzan la edad adulta. Pero, contrariamente, lo que pretende es mantenerlos en una infancia perpetua”.

Todavía mayor era su rechazo a formas más desaforadas de socialismo. En su discurso sobre el derecho al trabajo, de 1848, denunció el ánimo “confiscatorio de la libertad humana” que, a su juicio, albergaba el socialismo, tildándolo de “nueva forma de servidumbre”. En ese discurso y en su *Memoria sobre el pauperismo*, Tocqueville anticipó los peligros de lo que hoy llamamos “trampa



de la dependencia”. No confundió la necesidad de una política social con el asentimiento a fórmulas de pupilaje estatal.

Como Dunoyer, concebía el progreso como la emancipación gradual de la tutela administrativa. Para un liberal como él, facilitar muletas al que tropieza podrá ser una necesidad transitoria; pero el ideal permanente siempre será caminar sobre los propios pies.

La lección de Tocqueville

Tal vez el legado más perdurable de Tocqueville consista en su distinción entre la democracia como sistema o régimen político y la democracia como proceso o dinámica social igualitaria. La ambivalencia que suele apreciarse en su valoración de la democracia parte de aquí.

Tocqueville desea evitar que, en democracia, el resentimiento y la envidia tengan la última palabra. Su obra es una permanente invitación a preservar, en sociedades democráticas, la capacidad de emulación y el respeto a la excelencia.

Hoy somos testigos de una perversión del individualismo inducida y alentada por voces que preconizan la superación de la *democracia neoliberal* (o sea, la democracia realmente existente) en aras de una utópica *democracia radical*. En nombre de la “expansión de la democracia”, se nos invita a redefinir instituciones seculares y a repudiar nuestra herencia cultural.

En contraste con esta postulación abstracta de la democracia, Tocqueville nos anima a practicarla en un ámbito de instituciones y costumbres que la garanticen. Hay en este libro una cita de su correspondencia que resume a la perfección esta idea y los peligros que corremos olvidándola:

“No son las leyes las que conservan la ley, son los sentimientos y las costumbres. ¿Qué ha sido de los sentimientos a los que han dado vida nuestros padres? ¿Dónde están las costumbres políticas que les han hecho fundar las instituciones que nosotros sabemos emplear tan mal? ¿No es obvio a todas las miradas que cada día los ciudadanos se vuelven más indiferentes por la cosa pública?”.

Tal vez el legado más perdurable de Tocqueville consista en su distinción entre la democracia como sistema o régimen político y la democracia como proceso o dinámica social igualitaria. La ambivalencia que suele apreciarse en su valoración de la democracia parte de aquí



La democracia en América arroja luz sobre el hábitat necesario para que la delicada planta de la libertad arraigue y florezca. El Antiguo Régimen y la Revolución muestra el hábitat que le impide nacer y crecer

El hábitat de la libertad

Pierre Manent sintetizaba así la enseñanza de Tocqueville: “Es difícil ser amigo de la democracia, pero es necesario serlo”. Porque solo aceptando el principio democrático es posible mantener o suscitar la libertad política.

Por lo demás, Tocqueville nos alerta denunciando a los enemigos característicos de la democracia. Por un lado, los que rechazan su principio –la igualdad– por ser contrario a una desigualdad natural que creen indeleble. Y por otro, los que se presentan como sus amigos desmedidos. En una época de populismo rampante como la nuestra, estos son los que más abundan.

Son los que deducen del principio democrático de igualdad el imperativo de lograrla sacrificando la libertad; los que elevan el Número por encima de la Ley; los que niegan límites constitucionales a la soberanía; los que se arrogan en exclusiva la interpretación de una Voluntad Popular monolítica. Son, en fin, los que siempre han querido hacer incompatibles libertad y democracia.

Ortega dijo que los libros de Tocqueville “se ocupan de un mismo tema, tomado primero por su anverso y luego por su reverso”. Así es. *La democracia en América* arroja luz sobre el hábitat necesario para que la delicada planta de la libertad arraigue y florezca. *El Antiguo Régimen y la Revolución* muestra el hábitat que le impide nacer y crecer.

Su ocupación constante, como veis, fue describir las condiciones que hacen posible la libertad. Instruidos por Tocqueville, estaremos siempre en mejor posición para defenderla. Con ese propósito se publica este libro; con ese propósito se celebra este acto.

Muchas gracias.

faes
FUNDACIÓN

Suscripción a Cuadernos de Pensamiento Político:
<https://fundacionfaes.org/analisis-de-faes/#htmegatab-11b63d74>
www.fundacionfaes.org

C/ Ruiz de Alarcón, 13. 2ª planta
28014 Madrid
Tlf 915 766 857
info@fundacionfaes.org
fundacionfaes@fundacionfaes.org

DONACIONES

REDES SOCIALES

